

» que pudiese subsistir sin la persuasión de los Dioses: » Ciceron indicándonos como frutos de la Religion los medios indispensables y necesarios para asegurar entre los hombres la confianza mutua (sin la cual no puede haber sociedad), é inclinarlos á la observancia de las leyes, que son el inmediato vínculo de ella; demuestra en el hecho que reconocia en la Religion una fuerza indispensable para la subsistencia de la República ó del Estado.

### CAPÍTULO XIII.

Reflexiones sobre la casa de Epicuro, letrados Chinos, y algunas otras naciones que se dice no tienen Religion.

#### I. *Triunfo vano de Bayle sobre un pasaje de Ciceron en orden á la amistad de la casa de Epicuro.*

Aunque por lo dicho en los dos capítulos anteriores puede el lector estar ya plenamente convencido de que el Ateísmo es sumamente pernicioso á la sociedad, y que esta no puede subsistir sin Religion; con todo eso no debemos disimular algunos argumentos de hecho, que Bayle y sus prosélitos nos oponen, para hacernos creer puede subsistir un Estado que no tenga mas fundamento que la impiedad. El primero lo toman de los Epicúreos, de los cuales *hè aquí*, dice Bayle, *un hermoso pasaje de Ciceron*<sup>1</sup>: «Epicuro, hablando de la amistad, se » expresaba así: Entre todas las cosas que la sabiduría » humana ha inventado para vivir felizmente, no hay otra » mayor, ni mas útil, ni mas deleitable que la amistad. » Ni solo esto lo demostraba con palabras, sino mucho » mejor con las obras y en sus costumbres. ¡Oh y cuán » grande, cuán excelente cosa es esta! Las fábulas de » los antiguos, retrocediendo hasta la mas remota antigüedad, apenas nos ofrecen tres pares de amigos, aun-

<sup>1</sup> Lib. 1, *De finib.* cap. 20.

» que tomando el principio en Teseo se venga á parar » hasta Orestes. Y Epicuro en una sola casa, y esta pequeña, tenia grandes juntas de amigos unidos entre sí » con los vínculos del mas estrecho amor; y lo mismo » se observa aun entre los Epicúreos. » Despues de lo cual con un aire de triunfo exclama Bayle: «Véngannos » ahora á decir que los que niegan la Providencia, y » ponen su último fin en el deleite y satisfaccion de sus » apetitos, no es posible que vivan en sociedad; que » deben por necesidad ser traidores, malélicos, ladrones, etc. Todas esas hermosas palabras y doctrinas » están desmentidas con este solo pasaje de Ciceron. » Una verdad de hecho, como la que Ciceron atestigua » aquí, vale por cien volúmenes de ratiocinios especulativos<sup>1</sup>. » A este tono dictatorio y aire de triunfo del gran sofista de Rotterdam se dan por rendidos los jóvenes libertinos. Tiene razon Bayle, dicen: no se le puede responder. Mas si se les hiciese ver que la jactancia de Bayle es vana; que aquella pretendida *verdad de hecho* no está en realidad *afirmada por Ciceron*; que aquel pasaje, aunque se halle en los libros del Orador romano, no se puede decir verdadera y propiamente suyo, ¿qué dirian? ¿quedarían todavía desvanecidos los *cien volúmenes de ratiocinios especulativos*, y desmentidas nuestras doctrinas antes demostradas? Pues bien, sea cada uno juez de este hecho, despues que se nos haya permitido poner á la vista esta, á mi parecer, no despreciable observacion. En el libro primero *De finibus*, ó sea del Fin de buenos y malos, refiere Ciceron un Diálogo tenido en Cumas acerca de la filosofía de Epicuro. Sus interlocutores eran Ciceron y L. Torcuato, con los cuales se hallaba tambien presente un sabio y erudito joven llamado Triario. Torcuato, muy versado en la filosofía epicúrea, la expone y defiende ampliamente; Ciceron, por el contrario, rebate en el L. 2º. con muchos argumentos desde el principio al fin todo su discurso. Así que, la sentencia que refiere Bayle es toda enteramente del defensor de Epicuro, L. Torcuato, quien la pronunció hácia el fin de su oracion, que es al capi-

<sup>1</sup> *Diccion. crit.*, art. *Epicurus*.

tulo 20 del libro. 1º. Diré aun mas : si Bayle hubiera copiado el pasaje entero , y no hubiese omitido las tres primeras cláusulas , la cosa se descubria por sí misma. Véase aquí como principia el período <sup>1</sup> : « Bástanos to- » car un punto sumamente necesario en la presente dis- » puta ; y es el de la amistad , la cual vosotros , ó *Cice- » ron y Triario* , decís que no puede verificarse de modo » alguno si se coloca el sumo bien en el deleite. » Tales el principio del período de Torcuato , á que siguen inmediatamente las palabras copiadas por Bayle. ¿ Se podrá creer en manera alguna que este no hubiese visto aquel principio ; que aun á los lectores menos versados en las obras de Ciceron manifiesta que allí se trata de una disputa en que la cosa está puesta en cuestion ; que aquella asercion es de un epicúreo , que coloca el sumo bien en el deleite ; y que las personas á quienes hablaba , es decir , Ciceron y Triario , eran de diverso parecer ? Verdaderamente á quien conoce á Bayle se hace muy duro suponer en él tan grande ignorancia. El hecho es que sin omitir aquellas tres cláusulas no podia producir la autoridad de Ciceron para dar por tierra con los *cien volúmenes de ratiocinios especulativos* , y mostrarse con una *verdad de hecho* , atestiguada por tan grande hombre , de las doctrinas con que se trataba de probar que los impíos (segun sus expresiones) *son criminales , maléficos , traidores , ladrones* , etc. , y por tanto que no puede subsistir una sociedad compuesta de ellos.

II. *Aun cuando el pasaje tuviese alguna fuerza , nada serviría para la presente cuestion.*

Pero supongamos que el pasaje sea de Ciceron , y que entre los Epicúreos , como no se niega , pueda haber union y amistad : ¿ qué prueba todo eso ? ¿ Que algunos hombres entregados á la ociosidad , ó si se quiere , aplicados á las letras , se reunan libremente en una concurrencia , de que pueden separarse cuando quieran , y pueden allí vivir alegremente en compañía de sus amigos , sin robarse , sin envenenarse , ó sin hacerse trai-

<sup>1</sup> Cicer., *ibid.*

cion , aunque tengan al deleite por el sumo Bien y á la Religion por una necedad ? Si esto es lo que Bayle pretende deducir , ni nosotros ni nadie se le opondrá. Las admirables doctrinas y los volúmenes de ratiocinios especulativos no tienen por objeto en esta materia tal género de sociedad , ó reunion accidental de algunos pocos ociosos ; sino un cuerpo de gentes , en el que haya política y gobierno , comercio , tráfico , diversidad de estados , de inclinaciones , de profesiones , de objetos ; y toda esa otra variedad de clases , derechos , de incidencias que cada dia se encuentran en los pueblos cultos , que se dicen vivir en sociedad. Este cuerpo es del que se demuestra con evidentes doctrinas , con argumentos no solo especulativos sino prácticos , le es necesaria la Religion á fin de que esté unido y subsista. Querer , pues , probar lo contrario con las amigables diversiones que pasaban en la casa estrecha de Epicuro , es el miserable sofisma , que los lógicos llaman del *particular al universal* , ó mas bien , *de un género á otro género diverso*.

III. *Objecion de Bayle y Tolando tomada de los letrados Chinos. Qué han pensado algunos escritores acerca del ateismo de estos. Nota importante. Cuál sea su pretendida virtud.*

Pero pasemos desde la Grecia á la China , en donde Bayle , por la relacion de los misioneros nos representa la secta que llaman de los Letrados como atea , y al mismo tiempo adornada de buenas costumbres. Nuevo argumento para los incrédulos de que puede subsistir una sociedad sin Religion. Tolando copió el testimonio de Bayle segun su costumbre , sin añadir prueba alguna , pero en cambio alterado con tanta desvergüenza , que esto solo bastaria para hacernos conocer el carácter de estos filósofos. « En todo el mundo , dice este último <sup>1</sup> , no » se hallan en el dia hombres de costumbres mas cultas , » mas honrados , ni mas exactos , y menos defectuosos » en el cumplimiento de los deberes todos de un buen

<sup>1</sup> *Adeisid.* , § 24.

» ciudadano, que la celeberrima secta que entre los  
 » Chinos se llama de los letrados, á cuyo arbitrio y  
 » buena fe encomienda el Emperador la administracion  
 » de todos los negocios civiles... aunque ellos no reco-  
 » nozcan un Dios distinto de la materia y de la estruc-  
 » tura del Universo. » Era necesario en verdad todo el  
 atrevimiento de un Tolando para escribir de esta manera.  
 Para venir al hecho del ateismo de los letrados Chinos,  
 halló que el autor de la Biblioteca crítica lo tenia por  
 sospechoso; y pensaba que algunos de los que enviaban  
 á Europa tales relaciones, podian tener sus miras particu-  
 lares en representarlos así; y por lo mismo se per-  
 suade que no eran ateos, sino que se debian llamar  
 idólatras. Oigamos sus palabras: « El perfecto ateismo  
 » que estos padres atribuyen á la secta de los letrados,  
 » y sobre que principalmente se apoyan para sostener  
 » que su Religion no es mas que civil; este perfecto  
 » ateismo, digo, se desvanece por sí mismo. Porque  
 » sin detenernos en demostrar con S. Agustin, que el  
 » conocimiento de Dios nos es natural; de tal manera  
 » que no puede totalmente borrarse de nosotros, basta  
 » que se me conceda que los Chinos adoran como Dios  
 » á la naturaleza, para que no se les ponga sino en el  
 » número de verdaderos idólatras, aunque de una ido-  
 » latría la mas tolerable »<sup>1</sup>. Así escribia este crítico al  
 principio del siglo presente: con todo eso las ideas del  
 Espinosismo, que con afrenta del género humano han  
 corrido por la Europa, han hecho que muchos tengan  
 como un *Panteismo* el sistema de los *letrados Chinos*,  
 y que se les ponga por eso en el catálogo de los Ateistas,  
 como lo son todos los secuaces de Espinosa, que no  
 reconocen otra divinidad sino la Naturaleza. Mas es  
 preciso observar aquí que Leibnitz (por no nombrar á  
 otros) después de haber examinado á fondo varios mo-  
 numentos auténticos venidos de la China, se aparta de  
 esta opinion del ateismo y espinosismo universal; y  
 ciertamente Leibnitz era hombre capaz y suficiente para  
 discutir y tratar esta materia<sup>2</sup>. Si se quiere decir que

<sup>1</sup> *Bibliot. crit.* de Ricardo Simon, t. II, cap. 3.

<sup>2</sup> Conviene sin embargo confesar contra este severo critico, que

muchos de aquellos letrados han caido en este abismo,  
 digase tambien que allí ha sucedido lo que sucede cada

del ateismo de los Chinos habla tambien alguna que otra relacion  
 venida por el mismo tiempo de la China, sobre la cual no puede  
 recaer la sospecha de miras políticas que piensa reconocer en otras.  
 Tal es un *Tratado del P. Antonio de Santa Maria, del Orden de  
 san Francisco*, el cual aunque impugne los ritos chinos como ido-  
 látricos, concuerda sobre este otro punto con el *P. Nicolás Lon-  
 gobardi*, quien por el mismo tiempo envió á Europa otro tratado  
 en que los da por ateistas. Leibnitz añadió á estos tratados algunas  
*Notas*; pero trató mas de propósito esta materia en una larga *Carta*  
 escrita á M. de Remond *acerca de la filosofia de los Chinos*. Sobre  
 las huellas de Leibnitz caminó Cristiano Kortholt, que dió nuevamen-  
 te á luz los mencionados *tratados* de los dos misioneros con  
 las *Notas* y *Carta* Leibniticianas, anteponiendo una larga Diserta-  
 cion, en la cual absuelve á la China de este universal ateismo.  
 Distinguen pues estos dos escritores tres clases de Chinos: los de  
 los *tiempos antiguos*, cuyos libros se dice son de trescientos ó cua-  
 trocientos años antes de Cristo: los de la *media edad*, cuyos Co-  
 mentarios se creen ser de hácia el undécimo ó duodécimo siglo; y  
 finalmente *los de los últimos tiempos*, que empiezan á contarse  
 desde la entrada de los misioneros en aquel vastísimo imperio.  
 Acerca de los *antiguos*, examinados exactamente los textos clásicos  
 referidos por los dos citados misioneros, juzgan así Leibnitz como  
 Kortholt, que pensaron bien acerca de Dios y de los espíritus, y  
 hablaron de manera que se puede formar un poderoso argumento  
 del consentimiento universal en orden á los puntos fundamentales  
 de la Religion natural, de que hemos hablado en otra parte. En  
 cuanto á los Chinos de la *media edad*, que escribieron Comentarios  
 sobre estas materias, Leibnitz muestra con mucha solidez, que ni  
 los textos ni los argumentos que producen los misioneros, son tales  
 que puedan hacer que los creamos ateistas, pudiéndose explicar en  
 buen sentido, como lo hace Kortholt, y lo demuestra largamente.  
 Y por fin en cuanto á los *últimos*, sobre quienes versa especial-  
 mente la cuestion, oigamos lo que escribe este autor, á mi parecer  
 juiciosamente.

« Por lo que toca á las opiniones de los Chinos modernos, debe-  
 » mos confesar que algunas de sus expresiones referidas por el P.  
 » Longobardi y el P. Santa Maria son tales, que demuestran clara-  
 » mente el ateismo en algunos de ellos. Mas no nos faltan razones  
 » para dudar si son de este carácter todos los Chinos modernos. Por-  
 » que es notorio que muchos por un juicio precipitado del ingenio é  
 » indole de los primeros con quienes trataron, formaron este juicio  
 » de todos. De ahí por ventura nació la opinion de los PP. Longo-  
 » bardi y Santa Maria, que nos dan por ateos á todos los Chinos. Por

dia á muchos letrados de Europa; y es que por quererse distinguir del comun de las gentes, y librarse de los temores que lleva consigo la Religion, *evanuerunt in cogitationibus suis*, y han formado un monstruoso fantasma, con el cual, si no llegan á borrar enteramente las primeras ideas de Religion, por lo menos fomentan su vanidad, y desahogan sin recelo sus depravados apetitos. En efecto, aquella virtud y honestidad que Bayle atribuye á los letrados Chinos, y que tanto exagera Tolando, es una ficcion. El autor de la *Parrhasiana* nos dice: « Que las relaciones <sup>1</sup> que testifican que los Chinos » de condicion elevada no creen la existencia de un Dios » que lo gobierna todo, ni la inmortalidad del alma, » dicen tambien que toda la virtud de los Chinos consiste solo en un profundo disimulo de sus vicios. » Esto mismo es lo que se halla en varios lugares de las Memorias de la China <sup>2</sup> citadas por el mismo autor. Y así lo demuestra plenamente la historia del Cardenal Tournon, el Diario de Monseñor Mezabarba, y otros monumentos sobre la misma materia, en los cuales se manifiestan las injusticias, demasías y excesos, la avaricia, la crueldad, la torcida y perversa política de aquellos letrados, á cuya fe y arbitrio comete el Emperador todos los negocios civiles.

» lo menos es cierto que los Chinos modernos, igualmente que los » antiguos, no quieren parecer ateos, pues que reconocen á *Xam-Ti* » por sumo Emperador del Cielo, á quien adoran y ofrecen sacrificios. Omíto que no todas sino solo algunas de las expresiones que » refieren el P. Longobardi y Santa Maria son sospechosas de ateísmo, habiendo otras que se pueden y deben excusar, como observó » juiciosamente Leibnitz. Ni nos faltan otros testimonios con que » probar, que entre los modernos letrados Chinos los hay que creen » en Dios y la Providencia divina. Para cuya inteligencia pueden » verse el *Museum Sinicum* de Beyero, y el *Icon Regia Monarchiæ Sinarum* del P. Bouvet, Jesuita. » Hasta aquí Kortholt. \* Véase tambien en el *Catecismo Filosófico* el núm. 21, t. IV de esta Biblioteca.

1 Vide la nota anterior. — 2 Memorias de la China, t. I, lib. 5.

IV. *El comportamiento de los letrados Chinos es un argumento contra Bayle. Descúbrase otra superchería de Tolando.*

Mas qué nos cansamos: esos mismos letrados Chinos, citados con tanto entusiasmo por los incrédulos, nos prestan en su tenor de vida un argumento irresistible contra lo mismo que pretenden y solicitan. Porque aun cuando diésemos que aquellos mandarines sean ateistas, no se puede negar que ellos sostienen y conservan ilesa en el pueblo la Religion del país. De donde se forma este irrecusable dilema: O aquellos letrados tienen por mas pernicioso á la sociedad la Religion que la impiedad, ó no. Si la tienen por mas pernicioso, ¿ cómo puede dárseles el dictado de hombres de virtud, dejando gravitar sobre el pueblo un yugo tan duro y tan perjudicial, pudiendo y siéndoles fácil con la autoridad de que gozan en el gobierno aliviarle de él? ¿ Cómo es que no introducen el sistema de la impiedad, que tienen por mas ventajoso, y antes por el contrario promueven con todas sus fuerzas la supersticion? ¿ No vimos á Bayle engrandecer en Vanini como heroicas las ideas de probidad y de virtud, por haber puesto todo conato y diligencia en librar á los hombres del temor del infierno de que los creia injustamente agobiados, y tuvo por punto de honra trabajar en beneficio de sus semejantes, aun con peligro de su vida? ¿ Qué se deberá pues decir de los Letrados Chinos, si siendo ellos efectivamente ateistas, quieren al pueblo supersticioso? Esta, lejos de ser una política sabia, seria una hipocresía vergonzosa, contraria á los principios de la honradez. Por el contrario, y es la otra parte del dilema, si aquellos letrados no tienen por mas nociva á la sociedad la Religion del país que la impiedad, luego ellos prácticamente desmienten la tesis favorita de Bayle (sólidamente confutada por M. Bernard), sobre la que ha empleado tantas páginas, y que con el citado ejemplo nos queria persuadir; á saber, que la supersticion es mas pernicioso á la sociedad que el ateísmo. No se nos diga, según el imprudente pensamiento de Tolando en el principio de su *Adeisidemon-*

que en realidad la superstición es mas perniciosa, pero que sin embargo los gobiernos deben tolerarla, y no el ateísmo; por consiguiente, que podian muy bien sin descrédito suyo, ni faltar á su honor, sufrir los Chinos la Religion dominante del país, aunque ellos la tuviesen por mas perjudicial que el ateísmo. No. Este pensamiento, por confesion del mismo Tolando, es una paradoja; y yo diria mas bien, es una contradiccion manifiesta; porque entre dos verdaderos males no puede ser política sabia preferir el que trae consecuencias mas funestas al Estado. La suya es bien conocida. Quería; el impío! que todos pensasen como él, y por eso despues de haberse ocupado en todo su libro en persuadir que es mas dañosa á la sociedad la superstición (por cuyo nombre entiende la Religion) que la impiedad, deja dolosamente á cada uno el inferir despues, como consecuencia necesaria de sus doctrinas, el destierro universal del Estado de la primera, y la tolerancia de la segunda. Y como esta ilacion horrorizaria aun á los mas perversos si la profiriese claramente, no la expresa desde luego, antes con una figura pueril dice lo contrario, llamándola friamente *paradoja*. Mas volviendo á los letrados Chinos, para concluir este punto concederemos á Bayle, que algunos de ellos son impíos; pero jamás que sean virtuosos, y mucho menos los únicos hombres virtuosos del mundo, como locamente pretende Tolando, sino á lo mas sagaces y astutos en disimular ciertos infames y vergonzosos excesos. Y Bayle, Tolando, y cuantos piensan como ellos nos deberán á nosotros conceder, que procurando los letrados Chinos conservar viva y subsistente la Religion del país, cuyos ritos solemnes observan ellos mismos con la mayor escrupulosidad, en el hecho mismo vienen á confesar que es necesaria, y que sin ella ni podrian contener á los pueblos en sus deberes, ni ellos gozar de los honores, preeminencias, riquezas y dignidades que disfrutan. Que es decir, que el ateísmo da testimonio en favor de la necesidad de la Religion en los Estados; y los mismos ejemplos que los incrédulos han buscado para negar dicha necesidad, se convierten contra ellos, y son otros tantos argumentos para comprobarla

V. *Respóndese á la objecion tomada de otras Naciones, que se pretende viven sin Religion. Reflexiones sobre las costumbres de los Groenlandeses.*

Despues de la China, exponen nuestros incrédulos como un país de su jurisdiccion las ochenta y siete islas situadas entre las Molucas y las antiguas Filipinas; y además otras regiones desiertas, y varias costas del África y de la América, en las cuales, segun ellos, reina el Ateísmo, y donde sin embargo, dicen, viven los pueblos en sociedad. Mas por cuanto en otra ocasion hemos mostrado ya el poco crédito que se debe dar á las relaciones en que se funda la pretendida impiedad de aquellos isleños, y los mas doctos, despues de las mas atentas investigaciones hechas con este objeto, tienen por cosa cierta que en ninguna region del mundo reina el Ateísmo, no nos detendremos ahora sobre este particular. Nos bastará reflexionar que si bien en pueblo ninguno se puede establecer un Ateísmo perfecto, que es decir, una absoluta ignorancia de Dios, sin embargo en muchos infelices esta idea se halla, digámoslo así, oscurecida, y no se observan sino pocas ó ninguna señal externa de Religion. Pero ¿qué se infiere de aquí? Nada mas sino que en el grado en que falta la Religion, falta entre ellos la sociedad, y viven en pequeñas hordas, ó esparcidos casi al modo de las fieras por los montes, sin lazos firmes de leyes, tratados, comercio, etc. que los una, y los adhiera los unos á los otros. Nuevo y sólido argumento de que la base de la sociedad es la Religion, y que al paso que esta florece ó se pierde, aquella tambien se sostiene ó viene á menos, si no se arruina.

Permítasenos, para ilustrar mas este pensamiento, y todo nuestro sistema en órden al influjo de la Religion sobre la sociedad, detenernos un tanto sobre algunas particulares circunstancias que refiere Anderson de los Groenlandeses, de quienes habíamos hecho singular mención tratando de la Religion universal de las naciones. Si hemos de dar crédito al autor citado, entre aquellos infelices

islenos está muy oscurecida la idea de la Divinidad, y no se ve ejercicio alguno de Religion; y sin embargo nos dice el mismo<sup>1</sup>: « Que entre ellos no hay envidia, odio, enemistad, traiciones ni calumnias. No se ven riñas, asesinatos ni guerras con los vecinos. Jamás se oyen disoluciones entre los dos sexos, ni infidelidades en los matrimonios: conocen la propiedad de los bienes, y cada uno deja al otro lo que tiene ó toma para sí. No hay puertas ni cerraduras en las casas; todo está abierto en el país, y ninguno toca á lo que pertenece á otro: no se engañan ni se perjudican mutuamente en el pequeño comercio que pueden tener entre sí. En fin, los Groenlandeses viven, dice el autor, en la union y amistad mas perfecta. » Y en otro lugar: « Los Groenlandeses no están ligados con vínculo alguno de sociedad, y sin embargo son sociables, pacíficos, y se socorren mutuamente en las necesidades. »

Parece á primera vista que esta relacion destruye cuanto hemos enseñado en orden á las malas costumbres de los ateos, y al daño que del ateismo resulta en la sociedad: y no dudo que un Baylista al leerlo se veria inclinado á repetir la frase de su maestro, que este hecho de los Groenlandeses vale por *cien volúmenes de ratiocinios especulativos*. Con todo eso, aun estando á la fe de este solo autor<sup>2</sup>, veremos desaparecer esta aparente virtud; y que el ejemplo de aquellos islenos no prueba de modo alguno de ser pernicioso el ateismo á la sociedad, que es sobre lo que disputamos con Bayle.

Anderson, en efecto, nos asegura: « Que examinando de cerca las acciones de aquellos salvajes se advierte fácilmente no tienen sino una falsa vislumbre de virtud, pues las circunstancias en que viven son tales, que á su pesar les inducen á practicarlas, ó mas bien á abstenerse de los vicios contrarios. La escasa noticia que tienen de lo malo, la falta de alicientes y aun de malos

<sup>1</sup> *Historia natural de la Islandia, de la Groenlandia, etc.*, t. II, pág. 236.

<sup>2</sup> Juan Blaen en el grande Atlas los pinta así en pocas palabras: *Barbari hi cum dolosi sunt, tum feri adeo, ut nec blanditiis, nec donis cicurari valeant.... fetidi sunt fedique ac salaces.... nec obscenum illis putatur, quod caeteris pudori esset.*

» ejemplos hace permanezcan en su simplicidad natural.  
 » La aspereza del clima, la escasez, la dificultad de adquirir lo necesario los obliga á contentarse con una mediana. Así como uno no sabe mas que otro; así no tiene motivo para ensalzarse sobre él, ni este tampoco tiene razon para ceder al otro. Como uno solo no es bastante para ocurrir á todas las necesidades de la vida, está por consiguiente obligado á conservar la amistad con los demás. Es necesario que les preste auxilio para que ellos se lo presten á él. Conviene igualmente se dividan lo que cogen en la caza y en la pesca (en que consisten sus rentas y sus riquezas), habiendo contribuido todos igualmente á ella. Deben sobre todo evitar la enemistad y combates: de otra manera se destruirian prontamente. El país es tan estéril, la poblacion tan escasa y la constitucion del uno y de lo otro tan lejos de todo lo que tiene relacion con la guerra, que es imposible á los Groenlandeses hacer conquistas sobre sus vecinos: y su país tiene tan pocos atractivos, que ninguno se tomaria la pena de conquistarle. La vida dura y penosa que pasan aparta de ellos toda idea de deleite. No conocen bebida alguna fuerte, que es lo que frecuentemente causa los desórdenes en otros pueblos. Su temperamento débil se manifiesta claramente en las rarisimas poligamias, á pesar de que no tendrian impedimento alguno. De todo lo cual se infiere que las apariencias de virtud que se hallan en los Groenlandeses, á lo que se ve, no tanto nacen de la pureza de sus sentimientos, como de las circunstancias en que se hallan. » Hasta aquí Anderson. De cuya relacion nada á mí parecer puede deducirse contra la doctrina establecida. Pues si entre aquellos salvajes no se ven los excesos que decimos ser frutos de la impiedad, no es porque tengan algun freno que contenga la exaltacion de las pasiones, sino porque en las circunstancias en que se hallan, ni hay medios ni objetos de ellas: mas cuando estos se les presentan, ya no se advierte aquella virtud que predica Bayle en los Ateos. « No hacen escrupulo, dice el mismo Anderson, de robar á los Dinamarqueses, cuando llevan allí mercancias que puedan agradarles, siempre que se figuran que no pueden ser descubiertos. Si los Dinamar-

» que les hacen algun beneficio, no muestran señal alguna de gratitud. » Aun mas. « Habiendo arribado allí dos años antes del establecimiento de la Colonia una embarcacion dinamarquesa, é internándose en el país uno de los marineros, se echaron sobre él algunos Isleños, y derribándole en tierra le hicieron muchas heridas en el cuerpo, y le chuparon ansiosamente la sangre. » Si estos pues se hallasen en las sociedades de que tratamos cuando disputamos con Bayle, que son puntualmente en donde abundan los objetos que pueden excitar las pasiones, y tienen lugar innumerables relaciones de comercio, de pretensiones, y por consiguiente de estímulos á la preeminencia, al fraude y á los encuentros para conseguir los bienes de que absolutamente carecen los Groenlandeses, es bien cierto que no teniendo estos Religion, se entregarían al desórden con mas exceso que otros. De la pintura, pues, que de aquellos isleños hemos visto, se infiere que es falsa la tesis de Hobbes<sup>1</sup>, adoptada despues por Puffendorf<sup>2</sup>; á saber, que los hombres sin sociedad (ó como estos autores se explican, *en el estado de la libertad natural*) deben estar en una perpetua guerra, y continuas sospechas unos de otros; pues se observa que aquellos salvajes, aunque viven sin policia y sin leyes, no se devoran ni huyen unos de otros. Mas de la conducta de los Groenlandeses no se puede inferir que transportados á otros climas, en otras circunstancias, comercio y bienes, se hallasen en disposicion de conservar ni aun aquella ligera sociedad, que mantiene la region de la *necesidad*, del *hambre* y del *hielo*<sup>3</sup>. Antes bien se puede y se debe decir, que en otra parte hallando sus pasiones objetos y medios de desahogo, si no las frenaban (como se supone) los motivos de la Religion, no podrian permanecer mucho tiempo en un cuerpo de sociedad semejante á las que vemos en nuestras ciudades, repúblicas y reinos, con respecto á las cuales hemos sostenido y hecho ver contra Bayle las es tan nocivo y pernicioso el Ateismo, como útil y necesaria la Religion.

1 *De Cive*, cap. 10. — 2 *De Offic. hom. et civ.*, lib. 3, cap. 1.

3 Vide *Anderson*, loco citato.

---



---

## CAPÍTULO XIV.

La Supersticion no es peor ni mas perniciosa á la sociedad que el Ateismo.

1. *Dolo y miras particulares de los incrédulos y libertinos en declamar contra la supersticion, que, aunque pésima, no es peor que el Ateismo.*

El último argumento con que los incrédulos y libertinos tratan de probar que un Estado ateístico puede conservarse firme y estable, es el que vamos á proponer ahora. « Muchas repúblicas, imperios y reinos, dicen, se han conservado fuertes y felices profesando la supersticion ó la idolatría. Es cierto que la supersticion es mas perniciosa á los Estados que el Ateismo; luego si pudieron conservarse fuertes y felices con aquella, tambien lo podrán con este. » No es fácil decir cuanto se complacen los incrédulos con este sofisma, no porque les pueda proporcionar un gran triunfo demostrar posible un Estado, que jamás subsistirá sino en sus cabezas exaltadas, sino porque declamando y exponiendo á la vista los desórdenes de la supersticion (de la cual nunca se dirá tanto mal como se merece), á su sombra, como suele decirse, desahogan su veneno contra la Religion, que confunden con la supersticion, y es la única y verdadera enemiga que querrian aniquilar, defendiendo el Ateismo. La disertacion de Tolando intitulada *Adeisidemon* gira enteramente sobre este punto; y en ella fingiendo declamar contra la supersticion, de la que pretende purgar á Tito Livio, procura el libertino escritor hacer que triunfe de la Religion el Ateismo. El mismo proyecto se advierte en el Discurso de Collins; el mismo en varios lugares de las *Cartas judias*, y el mismo en muchísimos de las obras de Voltaire. Pero Bayle, á quien todos estos han copiado, trata el punto con mas